# "VIRYA"

ESTUDIOS DE TEOSOFÍA, HERMETISMO, ORIENTALISMO, PSICOLOGÍA, ETC.

AÑO II | SAN JOSÉ, COSTA RICA, ENERO DE 1909 | NUM. 6


## Un comentario á la Introducción de la Doctrina Secreta

por H. P. Blavatsky

*Finalidad de la obra.* La DOCTRINA SECRETA de Helena Petrowna, aun siguiendo leyes de orden y analogía, pretende: a) Presentar á la naturaleza como organismo vivo; b) Integrarla con los destinos del hombre dentro de leyes y de principios que le son comunes; c) Salvar de la degradación ó del olvido las verdades arcáicas, revelación originaria de la humanidad en su cuna y fórmula sintética de todo el saber de pueblos desaparecidos de la faz de la tierra, después de haber tocado á la cima de su enorme civilización. Estas Verdades, han sido materializadas, prostituídas, por las grandes religiones de los infantiles pueblos que se sucedieron: Induismo, Buddhismo, Magismo, doctrinas caldeas y egipcias, Judaismo y Cristianismo;) d) Encaminar á la ciencia contemporánea hacia el inexplorado campo Oculto que abarca todo lo sensible y lo suprasensible.

«La Doctrina Secreta» ó Teosofía (Saber Divino, saber que sublima y regenera al hombre, elevándole hacia lo superliminal ó ultrafísico del Universo) ni es una «religión» ni es «nueva» en su filosofía. Más de un Iniciado como Ragón, la han conocido en las diversas épocas de la historia, y más de un viajero, popular en la ciencia, ha pasado al Tibet para aprenderla. Entre ellos recordamos á Pitágoras y algunos de su escuela, siglos antes de J. C.; al monje Rubruquis enviado por San Luis; al gran Marco Polo embajador de Castilla; á

numerosos rusos del siglo XIX y al venerable Humbolt, quien cargado de laureles por su Cosmos, y próximo ya á la tumba, pasó inopinadamente al Asia Central para estudiar ALGO MÁS que su orografía y climatología. Los fundadores de las religiones han dado testimonio de esta Doctrina pues que jamás se han calificado á sí propios de maestros, sino de meros trasmisores de verdades antiguas, perpetuadas oralmente en el Adyta de los templos, durante los Misterios tan celebrados por hombres como Cicerón y Séneca. Las religiones, luego, han envuelto dichas verdades bajo el velo de un simbolismo propio ó local, que andando el tiempo se ha revestido de un culto más ó menos filosófico: un Panteón bajo místico disfraz.

Alta garantía de seriedad es la confesión de la escritora declarándose mera y modesta expositora de cuanto aprendiese en sus viajes atrevidísimos, de hombres singulares (quienes han subido muy por encima de las llamadas cumbres del saber europeo), despreciando de antemano los necios cargos de una crítica sectaria é indocumentada, ciega rival de todos los ocultismos que no se avengan con sus vicios, crítica que moteja de supersticiosa á una Ciencia que ignora, y para cuyo conocimiento, genuinamente experimental, es indispensable purificar, enaltecer, el instrumento perceptor: el hombre mismo, hasta el día no lejano, de este siglo, en que «algún discípulo mejor informado y con cualidades muy superiores pueda ser enviado por aquellos Maestros de la Sabiduría para dar pruebas definitivas de que existe una Ciencia (Gupta Vidya) fuente de todas las religiones y filosofías conocidas por el mundo, Ciencia olvidada ó perdida por los hombres durante largas épocas (salvo para los superhombres de todas las edades) y que será redescubierta al fin».

El esfuerzo más doloroso que supone la obra es el de tener que explicar los hechos procedentes de un pasado archiprehistórico, separado de nuestros días hasta por períodos geológicos, mediante los documentos mutiladísimos de nuestros períodos históricos, y á riesgo de sufrir una vez más la acusación de falta de método sistemático y de pruebas objetivas. Además, siendo la Teosofía la Ciencia experimental por excelencia, ninguna mera exposición de su doctrina puede llevar hoy el

convencimiento á nadie cuyo grado de evolución no sea lo bastante elevado para permitirle interpretar bien y *poner en práctica* sus enseñanzas. Así como las reacciones químicas no se realizan sino en determinadas condiciones operatorias y de medio, las excelsas reacciones de esta alquimia de la mente y del espíritu, no tienen lugar sin un grado de intuición y de pureza moral que la Filosofía Yoga califica de estados preparatorios que nosotros llamaríamos de psíquica pubertad. La verdadera *asepsia trascendente*, indispensable para la Teosofía, supone un nobilísimo anhelo de redención y mejoramiento, de verdad y de amor; un santo esfuerzo de voluntad enérgica, un hondo sentimiento altruista y una mente consciente de sus Divinos Poderes. Es el obligado prólogo de toda investigación teosófica ú ocultista. Sin dicha asepsia contra toda finalidad egoísta se corren peligros inauditos; el menor de ellos la locura ó una estúpida cristalización de la mente. Quien coja, pues, la Doctrina Secreta, para leerla como cualquier otro libro, pierde lastimosamente el tiempo, y el mejor fruto que puede sacar de su lectura es salir sin entenderla, arrojándola como un cuento de hadas desordenado, confuso y sin finalismos, igual que haría el labriego falto de la debida iniciación matemática con una tabla de logaritmos. Para tales hombres, por científicos que sean, no se ha escrito el libro.

*Proposiciones fundamentales.* La Doc. Secreta enseña:

I. La Realidad Unica, Absoluta, anterior á todo lo manifestado ó condicionado de Un Principio Omnipresente, Eterno, Inmutable, y Sin Límites, sobre el que es vana ó imposible toda especulación, por estar fuera del alcance del pensamiento. Causa Infinita y Eterna, Raiz sin Raiz de todo cuanto fue, es, ó ha de ser, desprovista de todo atributo y sin ninguna relación esencial con el Ser manifestado y finito. Es, en una palabra, el Sat, La Seidad, sin atributos limitadores y, en cierto modo Lo Incognoscible spenceriano. Se simboliza como Suprema Abstracción y Suprema Síntesis, por una parte, del Espacio Abstracto Absoluto, y por otra, de la Absoluta Vibración, Movimiento ó Gran Aliento, ó sean la Conciencia, Espíritu ó Fuerza de Ideación y la Materia Prima, el Prothilo en la más trascendente y excelsa de las acepciones, entrambos

enlazados por Fohat la Energía Cinética, ó Vida Universal. De aquel principio emana el Logos impersonal, ó primer Logos de filosofías ulteriores, el precursor del Logos Manifestado, Primera Causa ó «Inconsciente» de los panteístas europeos. La Dualidad expresada, de Espíritu-Materia (Purusha y Prakriti) enlazados por la Vida, es el Segundo Logos, y el Tercero es la Ideación Cósmica, la Inteligencia, el Anima-Mundi, ó Número de la Materia, y base de cuantas operaciones inteligentes verifica la Naturaleza como tal Organismo vivo. De esta Trinidad no antropomórfica emana el Universo condicionado y transitorio, aspecto dual de la Realidad Una por *el Cuatro*, Akasa ó Mylita.

II. La Eternidad del Universo como Todo, ó plano sin límites, periódico escenario de universos innumerables, incesantemente desapareciendo y manifestándose, como el flujo y reflujo de la mar. Sus aspectos de Día y Noche, actividad y latencia, Vida y Muerte, Sueño y Vigilia, etc., son hechos harto observados en el cíclico operar de todas las leyes del Cosmos para que se insista por el momento en ellos.

III. La identidad fundamental de todas las Almas con el Alma Suprema Universal (Anima Mundi), siendo esta última un aspecto de la Raíz Desconocida. Cada Alma, Chispa Divina ó Mónada es el Eterno Peregrino que baja y sube por el inacabable camino de los ciclos, y los ciclos de los ciclos evolutivos caracterizando así á la Vibración Universal ó Gran Aliento, movido por la ley Kármica ó de Necesidad que de la Seidad arranca y á la Seidad vuelve á través del Manvantara ó gran Ciclo de Manifestación. No existen otros privilegios para el hombre que los conquistados por el esfuerzo de su propio Ego, á través de reencarnaciones y metempsícosis. Por eso dicen los indos que el Universo es Brahma y Brahmna, ó sean respectivamente los Seis Principios ó Elementos constitutivos de la Naturaleza como organismo sirviendo de vehículo ó medio de manifestación del Séptimo y Unico, raíz de todos los átomos y de las formas todas transitorias. Tal Principio Uno, bajo sus dos aspectos de Parabrahman y Mulaprakriti (Raíz del Espíritu y de la materia Cósmica) carece de sexo, es incondicionado y eterno. Su emanación manvantárica

periódica ó Irradiación Primaria es también Una y andrógina, y, en su aspecto fenomenal, finita. Cuando la irradiación irradia á su vez, todas sus irradiaciones son también andróginas, convirtiéndose en los principios masculino y femenino, sólo en sus aspectos inferiores.

Sobre estas materias y las que subsiguen nos permitimos recomendar la lectura de nuestros «Comentarios á la Genealogía del Hombre, por Annie Besant», que van apareciendo en la revista teosófica «La Verdad», publicada en Buenos Aires, por otro grupo de esforzados teosofistas, al modo de los que sostienen á nuestra «Virya» en América Central.

*Qué hechos históricos han motivado las revelaciones de la Doctrina Secreta.* Cuando la vital expansión de un pueblo joven, saliendo de su noche de ignorancia, rompe los viejos moldes de su ruda y egoista concha de ostra, anhelante de poseer la Verdad, cueste lo que cueste y buscando por el haz del Planeta entero algo que él mismo apenas si columbra, el Planeta responde «cœli prerrupit claustra», que reza el epitafio de Newton, y el tesoro de las experiencias científicas, ocultas bajo grosero velo religioso por pueblos más viejos, menos agresivos ó expansivos, más conocedores por triste experiencia de la nada y humo de las humanas ambiciones, se vierte á raudales, revolucionando al par nuestra mente y nuestro espíritu y alborando los risueños amaneceres de una era nueva. Es una especie de sexualidad trascendente la que se establece por virtud de aquel hecho expansivo entre los jóvenes y los viejos pueblos, hasta el punto de poder formularse el axioma de que todo pueblo conquistado por el brutal empuje de las armas y por el vigor de una idea nueva de progreso, es á la postre conquistado por la dulce é inadvertida espiritualidad, camino de perderse, del pueblo vencido. Tal vimos en Grecia con Egipto; en Roma con Grecia; en los bárbaros con Roma; en los árabes berberiscos con el Califato; en los turcos con Constantinopla; á Génova y Venecia con Oriente; y hoy, en fin, á Europa civilizada con Asia la desconocida.

Cuatro grandes corrientes mundiales se han extendido por la Tierra con la época moderna: la Ibera, la rusa, la inglesa y la francesa. La primera se ha fijado preferentemente en Amé-

rica y Africa, la segunda en el Norte de Asia; la tercera en Egipto y el Mediodía de Asia, y la cuarta ha matizado aquí y allá el Planeta con sus revoluciones napoleónicas y amenaza hoy á toda el Africa Occidental. Estas embravecidas oleadas mundiales han ido á morir indefectiblemente en la arena de los desiertos: el Sahara, la Libia, el Egipto, la Arabia, la Siria, la Persia, el Turquestán y la Sonora. Todo lo humano parece detenerse allí donde faltan la vegetación y el agua. Todo, menos la mente y los más altos anhelos del espíritu que al tropezar precisamente allí con las mayores ruinas del pasado se sienten deseosos de rasgar el tupido velo de la historia humana hasta las confines mismos de la geología ó historia del Planeta. Los oasis saharianos y nuestras estepas peninsulares les solapan á los aborígenes libio iberos, cromañones ó guanches del inestudiado Atlas; el Nilo les enseña apenas un viejo mundo de inescrutables maravillas, de laberintos, lagos, canales, pirámides, geroglíficos, esfinges, templos, obeliscos, todo, en fin, lo que acaso no dejen entrever mañana á los futuros siglos las grandezas discutibles, por efímeras, de nuestra vanidosa Europa; aquí es Palmira, allá Sais, Menfis y Tebas, acullá Persépolis, Ecbactana, Nínibe, Babilonia, las inmensísimas necrópolis humanas del Tcherchen Darya, ó las sepultadas urbes del desierto de Gobi y de Camboge mayores que París ó Londres, sin contar los territorios inmensos antes pobladísimos que se dicen yacer en el fondo del Atlántico.

No vamos á dilucidar aquí el misterio geológico que envuelve á tan notable faja de desiertos que corre casi paralela al Trópico.

Bástenos consignar el hecho de que, más que cuencas marítimas desecadas, como se las ha supuesto, son una zona crítica del organismo de nuestro planeta, caracterizada hoy por su carencia de lluvias, entre los países septentrionales ó templados, sometidos á régimen de lluvias invernales, y los meridionales ó tórridos, donde los vientos alisios determinan recíprocamente lluvias periódicas torrenciales sólo en el estío. La tala arbórea, consecuencia fatal de la civilización, ha dejado expuesto el suelo á los ardientes rayos del sol y á los fríos de noches en que el termómetro cae por bajo del cero, con

lo que las costas rocosas saltan, las peñas se disgregan, y el viento arrastra los detritus, sepultando con ellos los naturales accidentes de un suelo que fuera feracísimo, como hoy el Sudán, por aquellos remotos tiempos en que los glaciares cuaternarios se enseñoreasen de las comarcas sobre las que hoy se asienta nuestra pobre civilización.

Las variaciones de la climatología terrestre por causas complejísimas, tales como la precesión de los equinoccios; el desplazamiento del perihelio; las crisis inestudiadas del sol repercutiendo, como es sabido, sobre la tierra; las variaciones seculares térmicas y magnetoeléctricas de ésta, los alzamientos y hundimientos de su corteza, etc., acaso dentro de las armonías de los seres y su medio ambiente, han determinado lo que llamaríamos *polarizaciones de las razas*, ó divorcio entre sus evoluciones física, intelectual y moral. Todo pueblo, en efecto, á quien el medio ambiente terrestre favorece (cual hoy á Norte América), siguiendo leyes evolutivas, alcanza un gran esplendor, del que decae á la postre inevitablemente, tanto porque la evolución del planeta vaya empeorando cíclicamente el medio (cual aconteciese con la zona que nos ocupa, al terminar el período glacial, y aumentar el calor), cuanto porque la discrepancia, cada vez más acentuada, entre las evoluciones mental y espiritual, propia de todos los pueblos de refinada cultura (Roma, Grecia de la decadencia, etc.), les coloquen en el verdadero equilibrio inestable, de saber más para ser más corrompidos, labrando fatalmente su ruina como pueblo, hasta que le invade y le restituye, otro pueblo de infantil barbarie, quien paso á paso vivificado por la superviviente espiritualidad del vencido, conquiste á su vez, como hoy los europeos, la cima de su civilización. La exigua parte de tales pueblos decadentes, que consiguiese por su esfuerzo vencer al medio y armonizar aquellas evoluciones, perdurará, presentando esa polarización á que aludimos, ó sea el contraste de la convivencia en un mismo suelo, de un pueblo degradado y supersticioso, misérrimo sucesor del gran pueblo que fué, y una corta *élite* humana, caracterizada por los sublimes poderes del genio y voluntariamente aislada de todo trato mundial, en obscuros y felices rinconcitos guardados para tales elegidos y

hallados por los jóvenes pueblos ulteriores al realizar su expansión mundial y ensanchar el círculo de sus anhelos científicos, cual el sabio que descubre tesoros entre los viejos pergaminos de inexplorada biblioteca.

Tal ha sido el caso determinante de las revelaciones de la Doc. Secreta. Como la autora dice, los sabios europeos de fines del siglo XIX, que tras las invasiones rusas é inglesas en Asia se encontraron con las primeras huellas de la riquísima literatura oriental, erraron, al estudiarla sin claves previas explicadoras, atribuyéndola un sentido fálico ó grosero, de que carece, y haciendo necesarias las presentes y escasas revelaciones rectificadoras, para evitar el que Europa, en alas de una mentalidad infatuada por sus adelantos científico-materiales, encuadrados en horrible marco social de miserias morales de todo género, espectros de nuestra gran Pandora que no se logran encadenar por la cinemática ni por el electromagnetismo—siga despeñándose en su loca carrera hacia lo desconocido, mientras, paso tras paso, pierde su pristina espiritualidad ó amorosa solidaridad de todos los hombres.

La obra se compone principalmente de fragmentos del «Libro de Dzyan», libro desconocido por los tratadistas europeos, en el que se refunden enseñanzas doquiera esparcidas por millares de libros sanscritos ignorados los unos y desfigurados casi todos. Por su testimonio *de vissu*, de viajera inteligente é intrépida que ha dado tres veces la vuelta al mundo visitando las ruinas de repetida zona y los lugares más solapados á vistas europeas, afirma la autora que desde el incendio de la biblioteca de Alejandría, las fraternidades religiosas del Tibet, poseedoras de los más exquisitos y remotos anales de toda la perdida antigüedad, se han dado trazas, mediante sus ramificaciones por el mundo, á atesorar cuantas obras puedan conducir al profano—profano es para ellos todo hombre que no ha conquistado por su esfuerzo la virtud y la ciencia suficientes á levantar la punta del «Velo de Isis», ó velo del misterio cósmico que al hombre y á los astros liga—al descubrimiento de la Ciencia, llamada Sagrada por su excelsitud. Hízose así, sólo por el temor de que pudiese dársela un mal uso, por intelectuales desaprensivos de su finalidad moral, en

daño suyo y de los demás, cual chicos á quienes se dieran explosivos por juguetes. Los libros sagrados de aquella índole han sido copiados cuidadosamente en caracteres criptográficos y destruídos después.

La obra se extiende en detalles relativos: á los infinitos libros brahmánicos ocultados durante el reinado de Akbar; á las criptas de las lamaserías, tibetanas y del desierto de Gobbi, donde existen numerosas ruinas regadas por el Tarim, y repletas de bibliotecas singulares; á los 930 libros de ética y religión y 70 sobre magia debidos á Lao-tse, el predecesor de Confucio; á los cinco King y cuatro Shu de éste; á las escrituras caldeas de donde la Biblia deriva y de las que Beroso hiciese un breve extracto para Alejandro Magno, extracto voluminoso en sí que á su vez fuera compendiado por Alejandro Polyhistor y esta obra á su vez impíamente mutilada por el funesto patriarca Eusebio, merced á contener cronologías de 200 mil años fecha, contrarias por ende á los prejuicios letales de su nueva religión; á los 1028 himnos del Rig Veda, de clave también perdida; á los 325 volúmenes del Kampir y Tanpir, hechos por los budhistas del Norte y cuyo canon sagrado (el de aquéllos) abarcaba 84 mil tratados, casi todos perdidos para Europa; á las misteriosas ruinas literarias del Egipto—centenares de libros atribuidos á Thoth Hermes, crónicas de Manethon, etc.—y las del resto de Asia Central, testimonios escritos de una civilización prehistórica sobre la que ha pasado un completo período geológico, mar de arena en cuyos oasis ningún pie europeo ni indígena vulgar ha podido penetrar, quedando así ajeno á los misterios de sus criptas; á los documentos preciosos, en fin, que yacen bajo las 23 ciudades sepultadas del Tchertchen-Darya, cosas todas que se hallan á disposición del iniciado en esa región sin igual, cumbre orográfica de los cuatro grupos seriales ó alineaciones de cordilleras que forman todo el esqueleto del Antiguo Continente. Con ello se prueba que La Doctrina Secreta fue la ciencia-religión universalmente difundida por el mundo antiguo y el prehistórico, como una revelación primitiva, fruto quizás de toda una síntesis de cultura de una extinguida raza, y que se conserva oculta, no por egoísmo pueril, sino por precaución sensata, pero está dispuesta siempre á rea-

parecer cuando el mundo se halle preparado para recibirla con un mayor desarrollo de la intelectualidad, aunado con una mayor pureza de costumbres, y no antes, porque de su conocimiento se derivan tremendos poderes ocultos junto á los que resultan juguetes las maravillas de nuestra química, y por cuyo abuso se originarían para la humanidad males incalculables que retrasarían á la postre su evolución mundial.

A la manera como se enseña la ciencia en nuestras universidades y ateneos,—aunque guiados por un criterio de selección exquisita, que hoy, por desgracia, desconocemos en la práctica,—aquella Ciencia Integral se enseñó gradualmente en los tan celebrados Misterios de Menfis, Tebas, Samotracia, Mithra, Eleusis, etc., mas, á partir de la Era Cristiana, que calificarse puede como era de funesta barbarie, los Misterios decayeron, prostituyéndose, y la naturaleza verdadera de la Ciencia Sagrada y de sus Iniciaciones comenzó á borrarse de la mente de los hombres. La sabia Magia redentora, practicada por hombres como Moisés, alcaloide maravilloso de todas las ciencias humanas, degeneró en vulgar, egoísta y funestísima hechicería y los fanatismos cristiano y musulmán trataron de raer de la faz del Planeta toda huella de Sabiduría Arcaica, aniquilando á sus escasos mantenedores, los heterodoxos de todas las disciplinas de la rutina. Fué un fenómeno social hijo de la Lógica de las Esferas. Las malévolas mistificaciones de la Doctrina Arcaica, practicadas por Israel, tuvieron su sanción en los horrores de las persecuciones y barbarie cristiano-musulmanas, siendo, á su vez, el fanatismo y el materialismo reinantes—esos que toman por comodín egoísta una ciega fe que no razona ó una negación sistemática que no razona tampoco—la moderna sanción de aquestos hechos contra dicha Ley... Una tristísima herencia de injusticias que el mundo ha de purgar con dolores antes de volver á la senda de la Verdad y de la Justicia, retornando á una Edad de Oro que si antaño tuvimos, á fuer de niños protegidos por la Madre Naturaleza, mañana tornaremos á tener por perfecto derecho de conquista, triunfando del medio exterior al triunfar sobre nosotros mismos como superhombres.

Termina la introducción de la obra hablando del antiquí-

simo libro aludido en el primer volumen de «Isis sin Velo», del cual son meras compilaciones ó pobres remembranzas el Siphrah Dzeniouta, el Sepher Jetzirah, el Shu King ó biblia china, los volúmenes del Thoth Hermes egipcio, los Puranas índicos, el Libro de los Números caldeo y el Pentateuco mismo. Fue aquel escrito en senzar, lengua secreta sacerdotal, conforme á las palabras de los Seres Divinos que las dictaron á los Hijos de la Luz (Adeptos) en el Asia Central, en los comienzos de nuestra Quinta Raza, cuando aquel lenguaje era conocido por los Iniciados de toda la tierra, ó sea cuando los antepasados toltecas lo comprendían tan bien como los atlantes, quienes lo heredasen de los Manushis de la Tercera Raza, como éstos, á su vez, lo aprendieran de los Devas de las Razas 1ª y 2ª. Otro libro mucho más moderno continúa al anterior con las profecías relativas al presente Kali Yuga (ciclo negro ó edad del hierro) iniciado hace unos 5 mil años con la muerte de Krishna, el «Héroe Solar» ó el Reformador. Su segundo volumen se inició á partir de Shankaracharya, el gran sucesor de Budha.

M. Roso de Luna

Madrid, 7 de Diciembre de 1908.

---

## Los conceptos del Derecho

Los conceptos del Derecho van siendo muy diversos en estos tiempos. Entre ellos gana terreno el «Sistema probatorio,» que tuvo su origen en el Estado de Masachusetts, y ha pasado á ser ley en diez y nueve Estados de América del Norte, y en Inglaterra, habiendo sido también puesto á prueba en Budapest por recomendación del Congreso Internacional de Prisiones de aquel Estado, según los datos que nos ofrece la revista teosófica «*La Verdad*».

La honorable Presidenta de la Sociedad Teosófica, debía, dada la altura de sus ideales, diferir del criterio general y anticuado en cuanto á este asunto del Derecho Penal, como difiere en efecto; y el haber dado á conocer sus puntos de vista opuestos á la formación de un código que reglamentara nuestros procedimientos como teosofistas, ha sido causa de que se le haya hecho el blanco de lamentables apreciaciones. Ahora bien: pareciéndome encontrar cierta afinidad de criterio entre la intención que dió origen al citado «Sistema probatorio», y la que anima á Mrs. Annie Besant, que consiste en despertar las buenas tendencias del hombre con el ejemplo y por medio del conocimiento, más bien que por la represión y el castigo, he considerado oportuno hacer para la revista Virya la traducción de los puntos más concordantes con mi propósito, del artículo de Albert P. Warrington, publicado por *The Theosophic Messenger*, en el que brillantemente se trata del asunto. Dicho artículo dice así:

### «EL CODIGO MORAL»

«En la S. T. se sostienen algunas opiniones, nacidas aparentemente de los puntos de vista expresados por Mrs. Besant en su artículo «The basis of the Theosofical Society» que tienden tan sólo á ejercer una nociva influencia sobre aquel benéfico trabajo.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Del breve sumario del citado artículo, se ha debido deducir tan sólo, que la S. T., como organización, se mantiene unicamente comprometida á observar las tres declaraciones de principios, con los cuales todos sus miembros están familiarizados, y que á pesar de reconocer la importancia de que el hombre, individual y colectivamente ejerza la moral, ella no tiene modelo alguno de Etica que pueda ser base de criterio al respecto, salvo el reconocimiento del principio de la Fraternidad Universal. Mrs. Besant nos ha dado un aserto de hecho tan obvio, el cual hubiera bastado por sí sólo en cualquier otro tiempo; y al proceder así, no ha restado ni un ápice de las nobles enseñanzas por medio de las cuales ha venido contribuyendo tan grandemente á la elevación de los que han estado bajo la influencia del trabajo de su vida. Además, enseña ella que en la S. T., debemos tener libertad de opinión, tanto en cuestiones morales como religiosas, siendo de nuestra incumbencia llegar hasta la base fundamental de la Etica así como también á la de la Religión.

Llamo la atención de sus críticos acerca de las acotaciones siguientes del artículo en referencia, las cuales, según parece, han pasado por alto. «Es generalmente entendido, que la Sociedad se propone elevar el nivel de la moralidad por medio de sus conceptos y por los nobles ejemplos de sus mejores miembros, en lugar de recurrir á la aplicación de penas sobre los peores.» «Se sostiene, correctamente, que el error se combate mejor por la razón que por medio del castigo. Mantenemos altos ideales: ejemplos inspiradores, y confiamos en ellos para poder encaminarnos á un nivel más elevado; pero no tenemos código, ni castigos para la infracción de sus reglas.»

«Yo creo de todo corazón, que antes de cumplir con lo que nos toca referente á la purificación de los demás, debemos comenzar por purificarnos á nosotros mismos, y preocuparnos menos de si debemos ó no expulsar á nuestros hermanos, puesto que, mejor podemos evitar el mal sosteniendo altos ideales, que separándonos desdeñosamente de los que

recusemos; y que la Sociedad vive por el esplendor de sus ideales y no por la rigidez de sus líneas de exclusión: que la Sociedad durará en proporción á la espiritualidad desenvuelta entre sus miembros, y no en virtud de los aplausos ó las censuras del mundo; que la fortalecemos en proporción directa de nuestro cariño y perdón, y la debilitamos á medida que nos convertimos en condenadores y obstruccionistas.»

De donde resulta, que los críticos de Mrs. Besant, han pasado enteramente por alto el espíritu de su contienda,—de lo que sólo ellos son responsables,—habiéndose, por desgracia, prestado con ello á fomentar un error que les debió haber sido fácil evitar.

WALTER J. FIELD

---

## ¿Karma?....

«El estudio de Karma, es el de la Fisiología del Universo».

Jyotis Prácham

Nos hallamos en la Sevilla de hará unos tres lustros, y cerca de la casa de socorro de su Plaza de San Francisco. Esta casa está situada frente al palacio llamado del Ayuntamiento,—ejemplar hermosísimo del renacimiento español,—y bajo un pasadizo sostenido por columnas antiguas, de entre las cuales hay algunas enriquecidas por capiteles de raro mérito. Una filada de balcones desiguales avanza sobre la cornisa que limita hacia el exterior el techo de dicho pasadizo, el que, con otros por el estilo, de la misma plaza, lleva el nombre de «los portales». En el balcón que corresponde á la derecha de la casa de socorro, (mirándola de frente) casi oculta entre macetas de claveles, rosales, jazmines y reseda, estaba reclinada una preciosa señorita, ilustrada y discreta, sosteniendo animada conversación con el médico de turno de la casa vecina. Este, reclinado en una columna, se veía iluminado casi de lleno por el gran foco de luz que salía del zaguán de su oficina, de manera que, desde lejos, se podían percibir su juventud, distinción y energía física. Saboreaba el aromático humo de un *pitillo* habano, y en tanto que sonreía con fina y equívoca expresión, contemplaba á su espiritual vecinita, cuyo busto, desde el punto en que él se hallaba, parecía dibujarse en la celeste altura como delicada creación de la fantasía. Prosiguiendo su coloquio, decía así el doctor:

—Carmencita, desengáñese: hay que desprenderse de tan encantadoras ilusiones. Sus alitas de ángel la elevan al mundo delicioso, pero incierto, de los ensueños, y entre nubes de rosa pierde usted la noción exacta de la indiscutible realidad. No, no es este pobre globo, contrahecho y perdido en las inmensidades del espacio, ningún *dije* trazado por hábil artí-

fice con sujeción á las pretendidas reglas de la armonía. Si las esferas tienen voces acordadas,—*sólo audibles para privilegiados neuromanos*,—la voz que de nuestra tierra se levante debe ser un grito desapacible y ridículo en el concierto estelar; porque aquí, créame; perpetuamente reinan, la maldad, la ignorancia y la presunción, y no hay rey ni Roque alguno que nos valgan.... Esa ley retributiva, ese karma regulador en que usted tan decididamente cree, mi linda y estudiosa vecinita, es pura ilusión: el alma, un mito. Nada se ve que autorice su realidad, sino la pretensión de la fantasía que se empeña orgullosa en elevarnos á condiciones superiores é inciertas de existencia. Perdone, señorita, que como cirujano, ahonde con el escalpelo despiadado de mi crítica en la balumba de esas alucinaciones y entelequias, tan sugestivas y llenas de atractivo como faltas de consistencia.

¡Ay señor! ¡qué flujo de palabras, tan exentas de novedad como abundantes en pretensiones!... Si no fuera porque tengo la certidumbre de que en el fondo de su conciencia existe una protesta de ellas, aquí daría por terminados nuestros diálogos. Buena cosa es el estar en posesión de un título doctoral que nos autorice á imponer la ley; pero *¿no le parece que sería mejor conocerla, prescindiendo de títulos?* ¿Qué valor puede tener el decir rotundamente esto es así ó de la otra manera, cuando tales afirmaciones descansan por completo en meros caprichos, en conjeturas sin fundamento? De esa ligereza de juicio, *ahora de tan buen tono* entre los doctores y los que presumen de serlo, protestan los resultados de la observación equilibrada y justa; el orden á que todo se halla sometido doquiera que estudiamos la vida; siendo los conflictos de la Naturaleza que tanto nos desconciertan y horrorizan accidentes pasajeros tan sólo, mediante los cuales, se suceden unas á otras las soluciones que preparan los senderos del adelanto. El alma fué y es una realidad, ahora más que nunca confirmada por infinito número de experiencias, á las cuales, obstinados doctorcitos, oponen ustedes orejas de mercader y cierran las puertas de sus gabinetes de estudio, ya que ellas no se conforman con vuestras inapelables conclusiones y acuerdos. Pero limitándome al punto de partida, base actual de nuestras diferencias de apre-

ciación, *el karma*,—sin cuya ley y la del renacimiento todo queda sumido en el caos de lo arbitrario, de lo inconsciente y absurdo, que tanto parece complaceros,—volveré á preguntar: ¿Si la ciencia materialista misma no puede substraerse á la imperiosa necesidad de suponer que todo resultado fisico ó químico se desprende de su ordenacióu matemática de causas, ¿no está con ello autorizando la idea de que nuestras cualidades, actos, voliciones y destino, han de provenir también de antecedentes determinados? Aunque tan repetido el concepto, ¿no merece recordarse como fehaciente testimonio el orden inteligente á que vemos sometidos soles y átomos? Y el acaso, lo casual, lo exento de finalidad y propósito ¿puede conciliarse con lo ordenado? De modo alguno: todo, todo cuanto existe es la resultante de causas previas, *de la ley de causación: el Karma*. Pero si tal ocurre, señor escéptico, mirando con los ojos de la razón serena, todo ello se corrobora cuando evolucionada el alma abre sus ojos y penetra con ellos en el dominio de planos más sutiles de la existencia, más vibrantes y mejor desenvueltos.

—¡Bravo, mi linda catequista!

—Déjese de bromitas, señor del escalpelo.

—¿Quitamos la cátedra entonces?

—Pero toma usted á chanza nuestras elucubraciones? ¡Tendría que ver!

—Ni por un instante, señorita. Es que, se me concluye el parque ante el nutrido fuego de su elocuencia...

—¿Sí?... pues vaya usted por él á la maestranza...

(Pausa de unos minutos).

—Vecinita?

—¿Doctor?

—¿No le parece expléndida esta noche?

—¿Se ha revestido usted de mis alitas de angel para mirar al cielo, señor iluso?

—Cruel!... Acaso, es ilusión la placidez que nos envuelve, el fulgor de las estrellas, la fragancia que desciende de esas flores que á usted le hacen la corte?

—Aquí, doctor, solo llega el olor á menjurjes de boticario.

—¡Qué horror, hija mía! está usted implacable.

—Papacito? cálmese. (Una risita contenida y argentina acompañó la indicación).

—Así lo haré, puesto que usted lo ordena: pero dígame franca y definitivamente, en premio de mi obediencia: No le parece, mi docta vecinita, que haríamos bien en constituir una sociedad íntima, y que ella sería interesante y simpática?

—No, en tanto que usted se niegue á reconocer que otros pueden percibir la armonía de las esferas...

—¿La música celestial?

—¡Sí, blasfemo! la que halla su eco en el santuario del corazón, la que emana del ritmo matemático á que está sometido el entero Universo. Pero pongamos un punto aquí, porque me figuro que tendrá usted que hacer uso de su arte: traen una camilla. Espero hasta que me diga usted lo que ocurre, y perdone la curiosidad.

—Mil veces perdonada. Espere.

El doctor entra en el portal de la casa de socorro, y unos segundos después llegan y se detienen ante él, un vigilante nocturno, dos cargadores conduciendo una camilla y tropel de curiosos.

—¿Qué ocurre, sereno?

—Le traemos un herido, que parece muerto, el cual se encontró caído cerca de las gradas de la catedral.

—¿El licor?

—No lo creo así.

—Sereno, despeje usted de curiosos el portal.

Ejecutada la orden, colocado el paciente en el camastro de operar, registrado y hecho el examen propio del caso, resultó que el herido tenía una herida de pronóstico reservado en el parietal derecho; que no fué posible comprobar su personalidad; que vestía un pobre traje de obrero; que el pulso acusaba una depresión alarmante y que el enjuto y pálido rostro denotaba inteligencia y natural distinción.

Hecha la cura, fruncía el ceño nuestro joven galeno contemplando el aspecto del herido. Fueron retirándose el sereno y los practicantes, y ya salía el doctor para dar cuenta del suceso á su vecinita, cuando llamó vivamente su atención un pequeño y tembloroso ser que, con mortal angustia pintada en el

semblante, y las manecitas unidas en actitud de suprema súplica, se extremecía al impulso de ahogados sollozos bajo sus míseros harapos. Era una niña pálida y bella, y consumida, que hacía pensar en un botón de azucena casi marchito, y cuyos grandes y rasgados ojos producían extraña fascinación.

—¿Qué buscas aquí, chiquita? preguntó el doctor. ¿Qué quieres?

—Estar al cuidado de papá.

—Es tu padre el herido?

—Sí, es mi papá.

—Sabes quien le hirió?

—Se hirió él solito.

—¿Cómo, hija mía? ¿qué quieres decir?

—Que papá no se podía sostener, se cayó, se dió contra la grada, y se hizo sangre.

—¿Estaba enfermo?

—Tenía hambre y frío y calentura.

—Conque todo eso tenía. ¿Y quién lo cuidaba?

—Lo cuidaba yo.

—¡Tú! ¿Y tu madre ¿qué hacía?

—Mamita tenía mucha pena, lloraba siempre, me daba besos, se durmió y está en el cielo.

—¡Conque está en el cielo!... Ven acá, pobre angel, ven.

El doctor, olvidado de todo, contemplaba con visible emoción á la pobre huerfanita, de tres á cuatro años, y tomándola en brazos, fué y se sentó con ella en la poltrona.

—Señor: ¿tiene papá mucha sangre en la frente? preguntó la niña, y agregó de seguida: Yo no quiero que se duerma él como mamá.

¡Infeliz criaturita, pensaba el médico, mientras la escuchaba atentamente: angel desheredado, lindo juguete arrastrado por el vendaval inconsciente del destino, nota perdida del desconcierto humano, ¿dónde se halla la razón justificadora de las penitas que sufres, cuando la vida debía ser para tí y tus compañeritos de infortunio un sendero de rosas, un halago maternal? ¡Ah, mi vecinita soñadora! ¡qué testimonio vivo representa contra tus optimismos esta visible injusticia del destino!

La pequeña, mirando en tanto con penosa ansiedad á su pobre padre, tan pálido é inmóvil, y vendada la frente, se iba dejando influir de la corriente poderosa de calor vital que emanaba del cuerpo de su nuevo amigo, y éste sentía un placer intenso, inesperado, parecido al éxtasis, abrigando contra su pecho aquel tierno pimpollo humano envuelto entre sucios pingajos, el cual hacía poderíos por mantener abiertos sus ojitos; pero le pesaban tanto los párpados!... se sentía tan dichosa en aquel protector regazo!... le causaba tan grata impresión aquel gran señor, tan diferente de los otros!...

—Dime, chiquita: ¿cómo te llamas? la interrogó *el gran señor*, saliendo de su abstracción.

—Me llamo Aracelis.

—¿Sí? ¿y qué más?

—También me llamo niña.

—¿Conque niña, eh? Pues dime, niña Aracelis: y tu papá cómo se llama?

—Mi papá, maestro.

—Maestro? ¿de qué es maestro?

—De hacer casas.

—Ola, conque es maestro albañil; pero tendrá otro nombre.

—Sí: papá.

—¿Y trabajaba haciendo casas?

—No querían darle trabajo porque ya es viejecito; y se reían de él y le decían cosas feas en todas las obras, y él lloraba porque no podía ganar dinero para comprarme pan. Y la señora Inesita tampoco quería darle pan fiado, ni naranjas, ni queso.

—¿Quién era esa ingrata Inesita?

—La señora de la tienda, ¿sabes?, la que tiene aquel gatito que juega conmigo.

—Sí, ya,... Inesita...

¿Y sabes tú á tu casa?

—Nosotros no tenemos casa. Papá y yo dormimos en los carros, ó debajo del puente. ¿Si vieras?, hace allí un frío?...

Cuando menos lo esperaba el médico, Aracelitas dormía confiada y dulcemente, vencida por la sedación de sus emociones.

¿Qué cosa brilla con fulgor diamantino en los ojos del joven escéptico? El teme que alguien repare en ello, se levanta presuroso con su carga, y recordando que le espera su linda vecina corre á la puerta, avanza, y mira el balcón. ¿Carmencita?, dice.

—Doctor?

—Necesito de su auxilio: tengo que confiarle un delicado depósito. ¿Puede Ud. bajar al zaguán unos instantes?

—Corro al momento.

—¿Qué depósito era ese, señor?

—Véalo: este ángel, tan lindo y desvalido. Está muy débil; es huérfana de madre, y temo por la vida de su padre, el herido que trajeron antes, víctima de la miseria. No sé qué emociones ha despertado en mí esta interesante criatura.

—Caballero, no tema usted por ella. ¡Oh qué niña tan preciosa!, dijo Carmencita movida por un arranque de cariñosa efusión, en tanto que la besaba en la frente, y al par que miraba al doctor con tal destello de admiración y dicha, que él comenzó á creer en la posible armonía de las esferas.

—Gracias, gracias vecinita, dijo, y adiós, hasta mañana.

—Adiós, doctor: buena mano.

---

Serían las cuatro de la mañana. El médico de turno en la casa de socorro no quiso separarse de la cabecera del anciano maestro albañil. Envuelto en confortable bata y hundido en su cómoda poltrona, clavaba sus pupilas en aquella fisonomía patibularia, que parecía sumergida en misteriosa y asombrada contemplación. Le consumía la fiebre. Su respiración era sibilante y agitada. Hasta el ambiente parecía entonces compenetrado de un hálito de misteriosa solemnidad. El más ténue ruido afectaba extrañas resonancias. Hay horas, durante las cuales, como que el poder de los sentidos se acrecienta, en las que nos sentimos espiados por invisibles miradas, en tanto que todo parece crecer y transfigurarse.

El doctor, recogido en sí mismo bajo el dominio de tales influencias, meditaba en el escaso poder de la Ciencia para poder disputarle á la muerte gran parte de sus víctimas, cuando le arrancó de su abstracción el murmullo de las entrecorta-

das frases del herido. Hablaba éste un lenguaje raro, entremezclado de algunos conceptos ininteligibles. ¡No hay trabajo para tí viejo inútil! No tienes fuerzas, decía, y continuaba su jerga extravagante. Debes morirte ya, agregaba. Los ancianos, los enfermos, están demás; trastos inútiles, estorbos; miserias ambulantes... cargas para los suyos. No, no insistas, pobre hombre; lárgate... No? Arrojadle!... Otra retahila; un gemido angustioso, y de nuevo el silencio.

Nada debo ya esperar, se dijo el doctor. Conozco ese lenguaje particular con que mezcla este infelíz el relato de sus desdichas: es el idioma de los que se disponen á traspasar las puertas del misterio: ¡del misterio insondable! ¿Hasta cuándo un nuevo Edipo no logrará hacer mover sus labios á la esfinge?..

El doctor siente frío; el frío penetrante que precede al despertar del día. Se acomoda lo mejor que puede en su cómoda y abrigada poltrona, se abstrae, y va siendo poco á poco influido por cierta vaga somnolencia; ese semi-sueño en el cual se da uno clara cuenta de donde está y como, al mismo tiempo que se siente trasportado á otros lugares. Entonces, y en medio de un silencio tan grande que permite oir circular la sangre en las venas, y hasta el golpe dado al caer por la hoja de una rosa, suelen acontecer fenómenos de orden anormal, de índole semejante al que experimentó el médico de turno en la casa en que, desde hace rato, venimos siendo invisibles expectadores; y puesto que nada se opone á que prosigamos en nuestro punto de mira, no desperdiciaremos la oportunidad.

Creyó el médico ver que el herido se levantaba, y que tomando asiento en el borde de su camastro, fijaba los ojos, brillantes y cavernosos, en los suyos, y que adoptando cierto aparatoso y solemne aspecto confidencial, le decía así:

¡Oye, doctor!... En tiempos ya remotos, era yo un potentado que tenía por toda familia á una hija enferma, á la que cuidaba con vehemente solicitud. Entre mis propiedades bastísimas, figuraba un palacio expléndido, en construcción, en el que invertía cuantiosas sumas. Reparando en ello, se apoderó de mi el demonio de la codicia, y todos los medios me parecieron buenos para conseguir ver concluida mi obra con la mayor economía posible. Mi adorada hija, el altar, el ara sagrada de mi

cielo, debía vivir con la ostentación propia de una reina, y había que acrecentarle el tesoro de su herencia hasta el límite de lo posible: para ello hice castigar sin misericordia á los obreros perezosos; agoté en consecuencia las energías, la salud de mis esclavos; escatimé sus jornales á los libertos; y por último, se me ocurrió la que consideré feliz idea de prohibir la admisión en los trabajos para todo anciano, por hábil y bien conservado que estuviese. La labor de los viejos tenía que resultar,—me decía yo,—cara y mala.

Cierto día, en que tuve convidados á mi mesa á los más notables hombres de estado, á banqueros, cortesanos, é ingenios famosos, en celebración del natalicio de mi hija, un antiguo maestro de obras logró burlar la vigilancia y llegar hasta mí en demanda de trabajo. Hícele observar lo inoportuno de su llegada, á lo cual se permitió redargüirme lo siguiente: Nejepso, tú olvidas sin duda que las sagradas leyes del Egipto ordenan que se venere la ancianidad. He servido á tus padres con la mayor eficacia y honradez cuando era joven, y ellos se complacían en demostrarme su gratitud. Blanquean mis cabellos, y esta nota que debiera inspirarte consideración y respeto, sirve, al contrario, para que me desconozcas y desprecies. Nunca es posible hablarte directamente: lo impiden tus míseros servidores. ¿Cómo lograr entonces que mi voz despierte en tí el olvidado sentimiento de la piedad y del deber? Hoy la fortuna me fué propicia, y aquí me tienes. Lamento haber venido á interrumpir tu regocijo y el de tus comensales respetables; pero un deber sagrado me lo ordena. Yo te ruego, ¡oh bondadoso! que cambies de criterio y me facilites trabajo en tu palacio. Actualmente no hay otra obra en construcción en la ciudad, y no puedo alejarme de élla dejando á mi familia en la miseria y el abandono. Tú tienes una hija pequeña y enferma, que adoras, y puedes apreciar la pena que te ocasionaría el verla carecer de substento: por lo tanto, en su nombre, en nombre de los dioses, y de rodillas, te pido de nuevo el auxilio de una ocupación, cualesquiera que ella sea, con qué poder atender al cuidado de mi pobre familia desvalida!... y el mísero viejo se arrojó á mis pies.

Yo, ciego por la ira, viendo dibujarse el reproche y la

sorpresa en mis convidados, sentí levantarse una ola de indignación en mi pecho, y ordené al osado obrero, que incontinenti despejara el salón. Corrieron sus lágrimas sin conseguir moverme á piedad, é hice seña á mis esclavos de que le arrojaran á la vía pública, cuando él se levantó amenazador exclamando: ¡Teme, insensato, el día reparador de la justicia!... Al observar su ademán, un fuerte empellón del mayordomo dió con el infeliz obrero en tierra, hiriéndose al caer, y perdiendo á consecuencia de ello el conocimiento.

---

Despertó hondamente impresionado el médico, y encontró espirante á su herido, el cual, mirándole con azorados ojos, balbuceó la súplica siguiente: ¿Doctor?... mi... pobre Aracelis... Luego un extremecimiento, una contracción extraña, y ni una palabra más.

El médico de turno, deteniendo el aliento y procurando cerciorarse de que no soñaba, queriendo mitigar con la presión de sus manos el apresurado latir de su corazón, se preguntó con íntimo anhelo: ¿KARMA?...

TOMÁS POVEDANO

---

## Asuntos diversos

### Propaganda teosófica

Desde hace algún tiempo veníamos teniendo noticias de la importancia de la revista teosófica «La Verdad», que se publica en Buenos Aires, y acredita ciertamente su fama el número 42 de la misma, que tuvimos el gusto de recibir últimamente. Colabora en ella también nuestro eminente compañero de redacción, el señor Roso de Luna, el infatigable propagandista, así como en el quincenario «Luz Astral» de Casa Blanca, (Valparaíso), etc. El sumario del citado número de «La Verdad» es el siguiente:

| | |
|---|---|
| Ovidio Rebaudi ........................ | Lob Nor. |
| El esoterismo cristiano................. | Eduard Schuré. |
| H. P. Blavatsky y los Maestros de Sabiduría................................ | Annie Besant. |
| Fenómenos inexplicables.............. | Camille Flammarión. |
| La Vía Perfecta y sus autores......... | La Dirección. |
| La Ley del Nuevo Pensamiento....... | W. Walker Atkinson. |
| La magia de los números.............. | G. W. Surya. |
| Fotografías astrales.................... | Doctor H. Baraduc. |
| Revista de revistas..................... | Juan E. Viera y E. Wuend. |
| Noticias varias......................... | —— |
| Bibliografía............................ | La Dirección. |

*
* *

De la sección de esta Revista intitulada «Noticias varias» tomamos lo siguiente:

El mundo espiritualista conoce la apuesta hecha por Mr. Le Bon, de una suma de dinero á quien levante un cuerpo pesado sin contacto. Hoy el señor Jounet, miembro del Instituto General Psicológico y de la Sociedad Universal de Estudios Psíquicos, se compromete á entregar 500 francos al señor Le Bon, como contribución á los gastos de las admirables expe-

riencias de éste, sobre la radio-actividad universal, á condición de que pruebe que los movimientos sin contacto y en plena luz de la aguja del estenómetro Joire, obtenidos al través de una campana de vidrio, bajo la influencia de una mano humana, se explican únicamente por la alucinación de la asistencia y por el fraude.

El señor Jounet basa su apuesta en las siguientes experiencias que él explica así: El señor doctor Joire, ha construido con el nombre de Estenómetro, un instrumento formado por una aguja de paja, suspendida en equilibrio horizontal, bajo una campana de vidrio.

«Luego, la mano humana atrae la aguja á través del vidrio. Y, como la aguja se mueve por arriba de un círculo graduado, se mide con exactitud el camino recorrido. ¿Pero es sólo por la acción del calor? No parece que es así, pues el doctor Joire lo ha demostrado por medio de diferentes dispositivos. Yo mismo, he hecho las siguientes experiencias, las que han sido publicadas por los «Anales de Ciencias Psíquicas» y las cuales no han sido refutadas todavía. He influenciado «durante el mismo tiempo» la aguja, al principio con una paba de agua caliente, de la cual tomé igualmente la temperatura después de la experiencia, por medio del mismo termómetro. El calor de la paba era de 40°8, y el de la mano de 35° ½. Luego, si el desplazamiento sólo provenía del calor, la paba debería atraer mucho más la aguja, y no ha sucedido esto. La paba atrajo á la aguja sólo 21° y la mano la atrajo 38°. Por consiguiente, hay una incógnita que no es el calor.

«He hecho más. He colocado cerca del estenómetro, asegurándome de su inmovilidad, animales de sangre fría», una rana y una langosta de mar. A través del vidrio, la rana ha ejercido sobre la aguja una repulsión de 30° en diez y siete minutos, y la langosta, de 21° en siete minutos. ¿Se trata aquí del calor?

Pero si existe en los seres vivos, una fuerza X, capaz de influenciar normalmente objetos livianos, no podría ella mover objetos más pesados?

Invito á Mr. Gustavo Le Bon á estudiar esta influencia normal y á buscar los medios de determinar su acción normal.

Tomemos la rana por medium. ¿Y no es á las ranas á las que se debe el descubrimiento de Galvani, de donde salió la electricidad?

*
* *

De la misma publicación.

El *Chicago Journal* refiere lo siguiente:

Mr. H. L. Seaver ha sido maquinista en «Illinois Central Railroad» durante 43 años, y tiene actualmente la dirección del *Big Four fast* express número 15.

El afirma, que en muchas circunstancias peligrosas, una mano espiritual ha alejado el peligro. Un día conducía un millar de veteranos á una reunión en Illinois, con una velocidad de más de sesenta millas por hora. De repente, el oyó una voz dulce que le decía al oído: «El puente está quemado!» Tan pronto como le fue posible hizo parar el tren. El conductor de éste vino de la trasera del tren hasta la locomotora, diciéndole con cólera: «Qué tiene usted que detener el tren aquí?» El maquinista le contestó: «Haría usted mejor en seguir por la vía y buscar el por qué». A algunos pies por delante de la máquina estaba el río, y por encima de éste, pendían los restos del puente que se acababa de quemar. Los mil veteranos estaban salvados. Esto sucedió en 1890, y Mr. Seaver, fué saludado como un héroe, por toda la región.

El rehusó todo elogio, diciendo que no había hecho otra cosa que obedecer la advertencia que le había sido hecha, y que también en otros casos la misma voz le había advertido justo á tiempo para salvar la vida de los viajeros.

He aquí, entre otros, un hecho sucedido en Grand-Crossing, en la línea que va á Chicago. Un tren de pasajeros á toda velocidad, se acercaba hacia el tren que partía de la misma vía. La noche era tenebrosa. Mr. Seaver no tenía la menor idea del peligro que corría, cuando la conocida voz cuchicheó: «¡Haz máquina atrás!» El obedeció lo más pronto que pudo, y había hecho retroceder el tren á poca distancia, cuando el otro se arrojó sobre su máquina. El no fué herido, sólo el wagón del correo descarriló.

***

Según lo indicado en nuestro número anterior, copiamos lo que sigue del *Mensajero Naturalista.*

Continúa así el doctor E. García Gonzalo.

«Se ha dicho tanto y se ha demostrado tan claramente y de tantas maneras la relación estrecha que guardan el alcoholismo y la criminalidad, que pasamos por alto el examen de tan interesante aspecto del asunto. Además, nosotros vemos el alcoholismo y el principio de sus funestas consecuencias, no ya en la embriaguez ó en la bebida de gran cantidad de vino, sino en la bebida, poca ó mucha, de vino y licores. Claro es que como todo, á mayor cantidad mayores efectos. ¿Se quieren pruebas de que el vino es nocivo aún en pequeña dosis? Vaya la siguiente, entre mil que se pueden aducir. A una mujer sana que habitualmente no tome más bebida que agua y que esté lactando, haced que tome una pequeña cantidad de vino, un decílitro, y los efectos no se harán esperar: además de experimentar una sensación de calórico, váhidos, etc., la leche de sus pechos se altera é infecciona al punto de que, tan pronto como la criatura la succiona dá muestras de malestar, iniciándose la diarrea.

«Y si son funestas las consecuencias de las bebidas alcohólicas para el mismo individuo que las toma y para la sociedad, por las viciosas costumbres y delitos que generan, no lo son menos por lo que se refiere á la prole».

Aquí, el autor del artículo, cita unos cuantos conceptos del especialista en las enfermedades de los niños, el doctor Martínez Vargas, «uno de los más activos campeones contra el alcoholismo», que sentimos no poder reproducir textualmente por falta de espacio; pero que, en concreto, tienden á señalar como causa principal de la decadencia de los hijos, el estado psicológico de sus padres al llamarlos á la vida; estado que es lo más nocivo cuando se hallan perturbados por la venenosa acción de los licores, el vino y hasta la cerveza. Dice que en Italia se llaman todavía «hijos del domingo» á los

hijos anormales, y observa que si con el uso del vino y con el de la cerveza aumenta la cantidad de leche, ésta se hace de mala calidad, poco ó nada nutritiva y hasta tóxica, y que con ella los niños se crían endebles, con diarrea é insomnio, y gran disposición á las enfermedades cutáneas, á los ataques nerviosos, á la tuberculosis y á la locura.

***

Ofrecíamos también en nuestro número anterior que en este se publicarían algunos interesantes escritos, respecto de los cuales nos habían llamado la atención varios amigos; dichos escritos, que necesitan sus comentarios, tenemos que dejarlos para cuando haya oportunidad.

Antes de terminar esta sección, cúmplenos desear toda suerte de adelantos a nuestros lectores, en el año que empieza.

---



—Tómala, le dijo—y acuérdate de Zulai.

# ZULAI

Ivdo: Indio de mente pura
Vida que Makdú quiere.

X...

(*Continuación*).

IRZUMA, cuando se persuadió de su desgracia, viendo burlados su silencioso amor y sus esperanzas risueñas, al pretender rehacerse dando atención al grito de venganza que vibraba y crecía en su pecho, sintió la siniestra carcajada de Adaum, y, mientras se retiraba con él á toda prisa del lugar en que oyó los proyectos de evasión y los tiernos coloquios de la confiada pareja, en una explosión de cólera imposible de reprimir, le gritó á su perverso compañero en tanto que cogiéndole por un brazo le sacudía con violencia:

—Vete, vete, demonio; no quiero verte más.

Luego, una vez solo, reconcentrado en sí mismo, clavándose las uñas en el pecho y queriendo fulminar con sus miradas la tierra que pisaba, se decía:

—Nadie pudo sospechar mi pasión por Zulai, á la que proyectaba salvar durante la fiesta de los huesos, para hacerla mi esposa! Sé que el pueblo cautivado por la juventud y gracia de la sacrílega, y por la novedad de mis amores, removería esta feroz costumbre en su favor... Sé que no en balde soy su soberano... Y ahora?... pues como antes. Seguiré con mi propósito, y pague su osadía el atrevido aventurero que se cruza en mi camino como serpiente astuta... ¡Ay de tí, Ivdo infeliz! Verás lo que te cuesta el haber mordido en la flor hermosa de mis ensueños.

Llegó la esperada fiesta. Las doce lunas, tan lentas en pasar, tocaban á su término y Dorien entero vibraba de emoción. Gran holgorio saludó la venida del suspirado día. *Quijongos*, caramillos, silbatos y secos golpes de tamboril concertados con los agudos y entrecortados gritos de los indios, que terminan en un ay largo y triste, formaban una orquesta imponente y singular, á la que hacía coro toda la población. Llenose la gran plaza de gente de todas clases, vestida de fiesta, puesto que las plumas, los vivos collares, los brazaletes de oro y las flechas, brillaban con fulgores de oleaje á los primeros rayos del sol. Todos los ojos miraban al Palenque, y el tumulto crecía. Hubo luego un intervalo de absoluto silencio al que le sucedió un tremendo alarido: era que empezaba el desfile. Los chicuelos se abrieron

camino entre la abigarrada multitud, y tras ellos, músicos y danzantes, marcando con aparatosas contracciones y vueltas, los acordes de una sinfonía cadenciosa y triste. Luego, entre un grupo de muchachas, cuyas morenas carnes brillaban, se veían marchando unidas á las viudas de Kaurki destinadas al sacrificio. Seguíanlas los tzugurs, los zuquias, los deudos de los caciques, los ancianos del Consejo, el Gran Usékara y el Cacique Irzuma, al que por su orden acompañaba el pérfido Adaum, y por último, tras la masa popular bulliciosa y alegre, se arrastraban los infelices parias, los desheredados, los contrahechos, lisiados y enfermos, que son el triste patrimonio de todos los pueblos.

Fué invadido el bosque por la corriente apasionada, y las auras (sonchiches) levantaban sorprendidas su vuelo al sentir tan desusado ruido en lugar como aquel, donde el silencio guardaba los despojos de la muerte.

Con aire sereno se aproximó el Gran Usékara al árbol sagrado, subióse á un monolito, y ayudado por dos sacerdotes desató el envoltorio de bijagua y cañas, y trasladó á una tela, preparada ya con alegóricas figuras,representando un hombre mordido por una vívora, los huesos de Kaurki. Luego siguió el desfile, la vuelta al Palenque, en cuyo trayecto se bailaba y cantaba. El día se pasó en continua algazara, y la chicha hizo estragos.

Zulai, como viuda de Cacique, sostenía su papel acompañada de Guaré, y vigilada de cerca por Irzuma. La pobre joven se esforzaba por disimular el angustioso estado de su alma, y llena como su madre de funestos presentimientos, esperaba la hora de la ansiada liberación. La noche dió tregua á sus dolores y descanso breve á la embriaguez de la multitud.

Amaneció el día en que los restos de Kaurki debían ser depositados en su última morada, en honor de los cuales iban á sacrificarse seis preciosas vidas, y el astro rey se elevó magestuoso sobre el montón de nacaradas nubes que rodeaban las crestas de las montañas,tan impasibles como el pueblo infeliz que esperaba sin conmoverse que llegase la hora del espantoso sacrificio!

¿Acaso, aquella costumbre, no se encontraba autorizada por los siglos?

¿No había sido acogida por generaciones de antecesores? ¿Quién que no quisiera ser aplastado bajo el peso de la infalible ley de los ritos, se atrevería á formular una protesta? Solo había un Ivdo capaz de hacerlo, y este era hijo de padres desconocidos! Llegó á Dorien siendo muy niño, se decía huérfano, y algunos años después tuvo que huir del furor de Kaurki. En la plenitud de su vida volvió fuerte, valiente y lleno de ternura, y entregó su corazón á Zulai por la cual se hallaba dispuesto á pasar sobre ritos,caciques y gobierno; todo prepa-

rado, la espera ahora lleno de confianza y osadía, en el bosque vecino. Ella, entre tanto, acecha la ocasión de ocultarse á los ojos de los servidores de Irzuma que la espían. Cuando siente que la angustia la ahoga, un inesperado revuelo, una grita hábilmente preparada por Yurán promueve el pánico entre la multitud, y Zulai huye hacia el lugar donde le espera su amado compañero, por la vereda indicada; huye con la ligereza que prestan la salud, la esperanza y el amor; prosigue su carrera, y por más que registra con su penetrante mirada el espacio que tiene ante sí, no alcanza á ver los brazos que la deben guiar. Ya los ve, se dirije hacia ellos como loca, cuando cerca de sí hiende el aire una flecha y luego oye un grito desgarrador que la paraliza. «¡Zulai!, Zulai mía, ven!»... exclama la voz doliente. Y ella va, va, no sabe cómo, y llena de horror encuentra á su esposo bañado en sangre, extremecido por el extertor de la agonía. Agudo dardo le atravesaba el pecho. Restaña ella la sangre con sus cabellos y nada consigue; el rojo licor de la vida se escapa entre sus dedos temblorosos, que convulsivos desprenden de su herida la odiosa flecha.

Los ojos del herido se abren anhelantes; contemplan á Zulai con expresión de suprema, amorosa piedad, y luego, Ivdo, con un gesto de inspirado, como promesa de nueva vida, le señala el cielo, y espira.

Parécele á Zulai que se abre la tierra bajo sus rodillas! El golpear de su corazón la aturde! ¿Sueña? Nó; aquella cabeza amada que ahora pesa tanto y que ella estrecha afanosa, es la de Ivdo; pero él ya no está allí. Se fué; huyó el ingrato lejos, muy lejos, hacia lo alto, dejándola aquí á ella abandonada, solita entre tantos malvados!

A través de sus ardientes lágrimas, repara en el arma homicida; se arroja sobre ella, la contempla delirante de extraño júbilo, coloca el agudo dardo en el lugar en que su corazón golpea más duramente, para hundirlo en él con valerosa mano, cuando se siente enlazada por unos brazos que paralizan su acción y la elevan del suelo. Entonces ve á Irzuma que rodeado de su escolta la contempla con orgulloso arrobamiento, frente á frente, y á dos pasos de distancia; y en tanto que ella lucha en vano por desprenderse de los brazos que la aprisionan, le dice así el Cacique:

—Desgraciada Zulai, mira el premio que Irzuma le otorga á los sacrílegos y traidores!

(Señalando á Ivdo.) ¿De qué puede valerte ya el altivo y arrogante aventurero?

—¿De qué esas lágrimas inútiles?... Vuelve en tí y reflexiona viuda de Kaurki... ¡La obscuridad de la muerte ó lunas de dicha, de tu acuerdo dependen! ¡Ya verás el dilema que luego he de ofrecerte!...

La infeliz Zulai, al sentirse ofendida en el objeto de su amor é impotente para defenderse, en un acceso de furor perdió el conocimiento, y en tal estado, envuelta en una manta es conducida por la

escolta de Irzuma, al par que el cadáver de Ivdo, al lugar del suplicio donde ya se notaba la ausencia del Cacique.

Un notable anciano ha estado atento entre el ramaje, observando la terrible escena, lleno de dolorosa ansiedad, y luego se aleja y se pierde en las lejanas líneas del horizonte: es Yurán, que renuncia á sus esperanzas generosas de salvamento, y se destierra.

Volvemos á encontrar á Irzuma ocupando el sitial de honor, sobre una pequeña eminencia que domina el extenso campo de la fiesta, desde cuyo lugar se ve, á poca distancia, hasta el fondo de las tumbas recién abiertas.

Tiene cerca de sí sentado al Gran Usékara, y luego, por orden jerárquico, á los tzugurs, los zuquias, los awas ó curanderos y adivinos, á los jefes militares y miembros cercanos de la familia real. Una escolta de guerreros de pie, á espaldas de Irzuma, oculta con sus cuerpos los de Ivdo y Zulai, la cual, vuelta en sí, se estremecía de indignación viéndose amordazada y sujeta por la manta enrojecida con la sangre de su esposo, y otros hombres de armas mantenían á conveniente distancia al pueblo, que con visible desagrado se conformaba con no invadir todo el campo, sintiendo muy estimulada su curiosidad á causa de las versiones que circulaban y tomaban cuerpo entre sus filas, referentes al origen del pasado tumulto, la desaparición y la vuelta de Irzuma y su escolta, siendo conductora de dos bultos ensangrentados.

Dos filas paralelas de bancos, perpendiculares al grupo del Cacique y su séquito, estaban ocupadas por los doctos narradores de la historia y virtudes de Kaurki. El maestro de ceremonias esperaba las señas de Irzuma para ordenar el principio de la fiesta, y músicos y danzantes ocupaban sus puestos, atentos á la llamada. Un tzugur se ocupaba en atraer el fuego sagrado sobre un seco madero, haciendo girar sobre él un palito, con rapidez y destreza, y otros de sus compañeros espiaban la ocasión de reemplazarle sin pérdida de momento, cuando las fuerzas de éste se agotaran.

Ya sale humo. La multitud silenciosa oscila como un oleaje viviente; todas las miradas quieren ser las primeras en ver nacer el ardiente rubí, que ha de convertirse en fogata poderosa. Cargas de «palo cacique», de chirraca, pelotones de inflamable algodón de ceibo y maderas olorosas, se amontonan cerca del tronco, madre del fuego.

De improviso un grito estentóreo anuncia el brote del poderoso elemento, grito que se repite incesantemente durante largo rato por la apasionada multitud.

A poco, donde apareció la brillante chispa, se levanta una llama serpeante que solícitos brazos alimentan y acrecen sin cesar. Retumban los tambores, los caramillos y los quijongos resuenan, y golpes

acompasados de conchas de mariscos, de sartas de grandes semillas huecas, y otros extraños instrumentos, hacen coro.

Los danzantes simulan una danza guerrera, por medio de la cual, trazando círculos mágicos contribuyen á espantar á los genios maléficos.

El cadencioso ritmo de la quejumbrosa orquesta es fielmente seguido por el coro de bailarines que, con los cascabeles de sus collares y los golpes de sus armas en los escudos forman el ritornello.

Más lejos, bullen, saltan y corretean hombres, mujeres y niños disfrazados, representando de un modo grotesco á la fauna de la comarca: cuadrúpedos, aves, peces y reptiles.

Circula la chicha. El entusiasmo crece y se hace delirante.

A una imperiosa señal de Irzuma cesa la danza, y á la loca algarabía le sigue el silencio.

El momento solemne se aproxima. El gran Usékara lo ordena, y el vengativo Adaum aparece conduciendo á las viudas de Kaurki, tras de las cuales, todavía amordazada, camina Zulai al lado de Guaré.

A un gesto del maestro de ceremonias adelanta la primera esposa de Kaurki, bella apesar de sus años, alta, triste, magestuosa, á la cual se dirige Irzuma hablándole así:

—Quetzalia!: hoy es el gran día para tí y las demás esposas del difunto soberano de Dorien, mi antecesor. Vais á encontrarle y servirle en el venturoso país de las sombras, donde tendrán término vuestros pesares. Allí olvidarás las ingratitudes de tus hijos y sus propósitos ambiciosos! ¿Irás voluntariamente y contenta á cumplir tu sagrado deber?

—Sí que iré, Irzuma:—respondió tristemente Quetzalia, y pasó adelante.

Y vosotras, Guaraina, Huatla, Yamí, ¿queréis también cumplir con los sagrados ritos? ¿Tenéis algo que pedirme antes de marchar al lado de Kaurki?

—Sí queremos cumplir nuestro deber: respondieron á coro.

Yo, agregó Guaraina, nada te pido sinó protección en favor de mis hijos: tanto de aquellos que aprendieron á labrar la tierra; á cumplir sus deberes haciéndome la vida grata, como respecto de los que la amargan porque bebieron en el río rojo y me olvidaron.

Siguiólas Huatla diciendo:

—Irzuma: Hay en Dorien un tesoro, allá en el escarpado monte de Doró, y lo guarda un hijo mío, un hijo de mi verdadero esposo, nó del Cacique que sacrificó mi vida, y yo te ruego que no olvides ese tesoro.

—Yamí avanzó y en tono suplicante dijo así: ¡Oh generoso y noble Irzuma! yo nada quiero para mí; pero imploro tu piedad en favor de Zulai, mi hermana. Líbrala de sus ligaduras y mordaza para que

exprese su voluntad como nosotras, y permíteme enjugar sus lágrimas.

—Hazlo así, tierna y graciosa Yamí, respondió el Cacique.

Yamí acudió presurosa á desligar y consolar á Zulai, la cual se irguió terrible, amenazante y bella, produciendo un murmullo de cariño y admiración en el pueblo, á el cual se dirigió Irzuma, poniéndose de pie, y con voz persuasiva, aunque afectada por la emoción, le habló como sigue:

—He tenido á Zulai amordazada para que no hable antes de conocer mis generosas intenciones acerca de ella, librándola así de las malas artes del infame que pretendió robarla. Ese ladrón era Ivdo, el aventurero desconocido que pagó con su vida su atrevimiento. Zulai, leal á su rey lo delató, aunque, mal aconsejada, quiso salvarle la existencia y hacerle escapar á mi justo enojo. (Zulai, atónita, creyendo no haber comprendido, se oprimía las sienes con ambas manos presa del estupor.)

—Ahora—prosiguió Irzuma, castigado el criminal, me corresponde premiar la conducta de la esposa de Kaurki. Este no fué su dueño; la bokaraka lo mató antes de la noche de sus bodas... Por todas estas consideraciones ¡oh pueblo! por su juventud y su hermosura, considero á Zulai digna de tu gracia: perdonémosle la vida. El Gran Usekara lo permite también.

—¡Sí, que viva, que viva la linda Zulai, que viva!!! gritó subyugada la multitud, Zulai entre tanto, se estremecía, desnuda de su manta, ante las ansiosas miradas del pueblo, que tan lejos estaba de comprender el tormento que agitaba su alma.

—Ya lo oyes, Zulai querida: todos lo quieren y yo te concedo la vida; pero serás mi mujer, mi mujer predilecta y única.

Zulai, por virtud de una reacción inesperada, se sobrepuso y dijo: Irzuma, antes de todo concédeme un favor. Dá en mi tumba sepultura á Ivdo, y permíteme que en ella deposite una humilde ofrenda.

El cacique, densamente pálido, replica: Zulai ingrata! y si no accedo á tu demanda?

—Entonces, ordena mi muerte.

—Enterrar el cadáver de Ivdo: ordenó el cacique á sus servidores. Y depositado que fué el cuerpo en la fosa, añadió Irzuma:

—Y ese recuerdo? ¿esa humilde ofrenda?—mirando rencorosa y apasionadamente á Zulai.—

Esta se adelantó y rasgándose la piel del mórbido seno con una de las garras de león que pendían de sus collares, empapó en sangre el índice de su derecha, y cogiendo una pequeña copa de barro que figuraba entre las donaciones destinadas á Kaurki, trazó en ella una ancha cruz, se acercó al borde de la fosa de su amado y dijo: Ten, esposo mío, el sello de nuestra unión eterna; ese sello que llevas contigo y

y que tú me enseñaste á admirar, trazado con el jugo ardiente de mi vida, la cual pronto irá hacia tí.

Y volviéndose imponente y altiva á Irzuma, gritó: ¡Rehuso la vida que me concedes, falso y cruel Cacique, y te desprecio!

Irzuma, perdida la dignidad, abandona su puesto y avanza hacia Zulai, la cual retrocede al lugar en que zumba la enorme hoguera sagrada. Adaum ardiendo en ira se acerca á Zulai, y cuando va á prenderla es repelido por ella con tal violencia, que rueda por tierra.

Un grito de horror lanzado por el Gran Usékara lleva el espanto á todos los pechos. ¡Sacrilegio! ¡sacrilegio! es la voz que por todas partes se escucha, y brazos y armas amenazan furiosos á Zulai; ésta, que ansiosamente busca á su fiel Yurán y no lo encuentra por parte alguna, recibe un golpe en la cabeza, tropieza, y aturdida con los ardientes tizones que tiene tras de sí, y extendidos los brazos cae de espaldas, indefensa, en la hoguera que la envuelve avara entre sus ardientes espirales, ante las que se detiene la embrutecida muchedumbre. Sólo Irzuma, como la estatua viviente del remordimiento y del dolor permanece consternado ante el amenazante remolino de llamas que devora el cuerpo de su víctima, llorando como un niño, hasta que de allí le arrancan piadosamente sus amigos y servidores.

Pasado el asombro, prosigue y se consuma el tradicional rito y todo vuelve á su habitual modo de ser.

Sigue el pueblo bebiendo hasta perder la noción del tiempo, y se acerca la noche y con ella la confusión y el desorden de tal manera que nadie sabe de sí.

Al día siguiente todo había cambiado, é Irzuma, enervado por el dolor y el despecho, dejó invadir su territorio por la tribu vecina sin ponerle resistencia, y Dorien trocó su Jefe por otro cuya insignia era un águila, ave de alto vuelo, pero que ocultaba entre sus plumas rubias, encendidas las garras de rapiña.

(Continuará el epílogo).

ERRATA.—En la página 11, línea 19, dice: *budhistas*; léase *buddhistas*.

---

# PERMANENTE

## LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

Esta Sociedad, que fué fundada en New York el 17 de noviembre de 1875, y que actualmente cuenta con más de 600 Ramas extendidas por todo el mundo, tiene por objeto:

1º—Formar el núcleo de una Fraternidad Universal de la Humanidad, sin distinción de raza, creencia, sexo, casta ó color.

2º—Fomentar el estudio de las literaturas, religiones y ciencias Arias y otras Orientales.

3º—Un tercer objeto—perseguido únicamente por un cierto número de miembros de la Sociedad—es investigar las leyes no explicadas de la Naturaleza y los poderes psíquicos latentes en el hombre.

A nadie se le pregunta, al entrar á formar parte de la Sociedad, cuales son sus opiniones religiosas, ni se permite la ingerencia en éstas; pero se le exige á cada cual, antes de su admisión, la promesa de practicar para con los demás miembros, la misma tolerancia que para sí quiere.

---

Equivocadamente se ha sostenido por ahí que han existido varias clases de Teosofía, lo que no puede ser. Habrá habido Sociedades cuyas tendencias se conexionen con la TEOSOFÍA; pero según anteriormente lo hemos afirmado, la TEOSOFÍA no ha podido nunca ser más que una, porque una es la Verdad. Elena P. Blavatsky decía á este propósito: «Si hablás de la TEOSOFÍA, contesto que, así como ha existido eternamente á través de los infinitos ciclos del pasado, así también vivirá en el infinito porvenir, porque la TEOSOFÍA es sinónima de la VERDAD ETERNA.»